

INSTANTANEAS



MARINA GURINA en "El duo de La Africana,,



CONCHA Y LOLA.—Capricho artístico del Sr. Téllez.

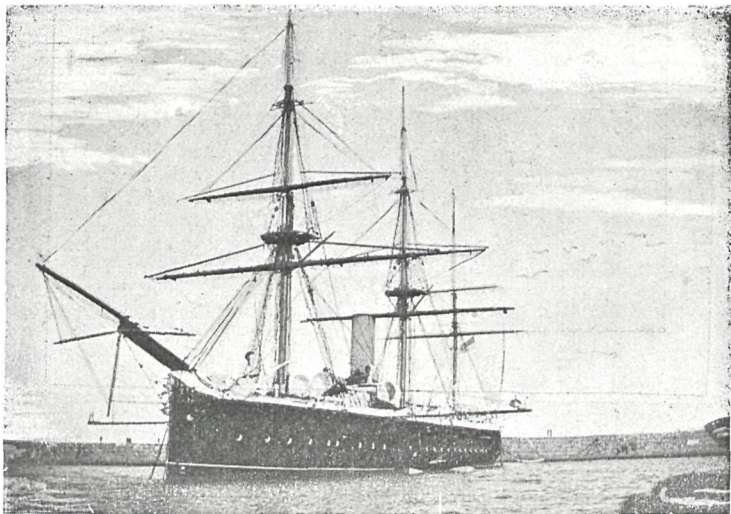
MARINA GURINA

Rara será la persona que no recuerde á esta bella tiple, que tan gratos recuerdos nos ha dejado en sus grandes campañas, llevadas á cabo en el teatro de Parish.

El duo de La Africana encontró en ella la mejor intérprete.

Su buena voz, hermosa figura y su gracia especial en el decir, la hacen obtener muchos aplausos de todos los públicos.

El género grande tiene en Marina Gurina una artista de verdad.



EL BUQUE «CALLIOPE» ESCUELA DE MARINOS INGLESES

Instancia de J. A. Pulido Vifials.

Los ingleses demuestran con este buque que procuran el bienestar de sus educandos. Además de las buenas condiciones marineras, es un modelo de comodidades.

Instantáneas.

Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

Director, M. SALVI

La fiesta taurina de la "Asociación de la Prensa,"

Luces y colores, blancas mantillas, hermosuras privilegiadas, flores fragantes, derroches de paleta y generosidades nobles, han sido marco en el magnífico cuadro del festival organizado por la Asociación de la Prensa de Madrid.

«El castillo famoso que al rey moro alivia el miedo, ardió en fiestas en su coso...» para enjugar lágrimas de los que sufren, para llevar consuelos á los que lloran. Todos han rivalizado en generosidad y en gallardía: Mariano Benlliure, el artista genialísimo, con la magia de sus pinceles, ha hecho el soberbio cartel anunciador de la fiesta, un cartel digno del acto que se celebraba; Zacarías López, con el rumbo y el arte que en él son característicos, ha dado una linda nota de color, llevando á la arena sus típicas calesas, trono de espafíolas beldades, que pasearon triunfalmente conducidas por Emilio Mesejo, Pepe Moncayo, Pablo Arana, Anselmo Fernández y Manolo Vico; las modernas glorias del toreo, Mazzantini y Fuentes, Bombita y Algabeño; y las antiguas glorias representadas por los califas de Córdoba y por Gordito y Curro han sido, con su arrojo unos y con sus obsequios otros, valiosos cooperadores de la atractiva fiesta celebrada.

Plácemes á todos los que han colaborado al festival: mujeres bellas y valientes diestros; plácemes á todos los que, ayudando á la culta y benéfica Asociación de la Prensa de Madrid, han contribuido á que en el hogar del periodista—cuando el dolor asome—haya pan para los huérfanos tristes y medicina para los enfermos.

¡Bendita la cristiana virtud que de las risas y júbilos sabe sacar—como la abeja de las flores,— mieles de la piedad!



Cartel de la fiesta, DE MARIANO BENLLIURE.

POSITIVAS Y NEGATIVAS

Cómo soñamos.—Fiebre.—La Unión y el empréstito.—La figura de Pi.—África y China.—Benlliure y Sorolla.—Asociación de la Prensa.—De verbena.

Manifiesta Cervantes en su *Viaje al Parnaso*, ó sea en a narración del efectuado por imitar al caporal perusino,

«de ingenio griego y de valor romano»,

que hay tres modos de soñar: con las cosas en que el hombre trata de ordinario, del estado fisiológico en que se vive y con revelación ó presciencia.

Al escribir estas *croniquillas* hay que soñar *despierto* de esos tres modos: *secundum physiología*, en cuanto no siempre mojan la salud y la pluma en el mismo tintero; de los asuntos palpitantes, por cuanto la actualidad que vivimos ha de ser materia de nuestras impresiones, y con el uso de la presciencia (que es atributo divino, nada menos), por que hemos de referirnos como á suceso conocido al que no se ha realizado todavía cuando la pluma corre sobre el papel y las letras de imprenta pasan bailando desde la *caja al componedor*.

Figúrate, pues, amantísima lectora, ó quien que fuerdes, que la pluma que me pone en comunicación contigo se escapa de mis dedos estremecidos por una ligera fiebre; que mis ojos, adivinadores de tu belleza ó de tu gracia—cuando menos,—divisan con dificultad los objetos, y que la pulsación arterial ha perdido su ritmo ordinario. Y ahora, pues eres tan buena que has accedido á figurarte todo eso, imagínate también de qué grotesco modo irán á reflejarse en la cámara oscura de mi cerebro los acontecimientos y personajes del día.

La blancura de las cortinas no fatiga tanto mis ojos, porque decae el sol rápidamente y hay ya dejos de sombra entre las hojas y arabescos de los *stores* del despacho en que escribo. Con la noche, y como fantasmas, se avencinan y se proyectan en siluetas inverosímiles la figura pletórica de Costa y la metafísica de Paraiso, que parecen trazar sobre un encerado demostraciones maravillosas de que en este país no hay un céntimo y de que los 4.667 millones de pesetas suscritos al empréstito (en efectivo) son una cantidad imaginaria, como los telegramas que iban á enviar á Palacio contra Villaverde, para aumentarle la recaudación por Timbre.

* *

Cae la Unión Nacional, por su propio peso, y se aparecen otras sombras. La figura de Pi, toda blanca, pasa riéndose de la susodicha Unión y de la que por vez centésima ensayan los partidos republicanos, que consumen la vida *ensayando*, como el músico del cuento.

Sobre el mapa de un Africa más tenebrosa que la atravesada por Stanley veo correr un río de sangre, que se precipita con tintineo de oro en los profundos abismos de varias conciencias, en aquellas latitudes perdidas.

Abrese un gigantesco abanico, de aquellos con *caritas chinas* superpuestas, que á los niños de mi tiempo causaban delicia; pero las caras no son chinas, sino europeas; entre el varillaje se ven fusiles, y al estrépito de un cañonazo lejano el abanico se deshace—como imperio que se desmorona,—y dividido al modo de los abanicos de baraja, queda unido un trozo de seda á cada varilla, flameando todas, no como banderas alegres,

sino como llamas codiciosas y devoradoras.

Una sombra delgada y enhiesta se levanta sobre una planicie donde pululan multitudes abigarradas que se acercan, se alejan y entrechocan con rumor de oleaje, perdiéndose y renovándose, como las memorias del tiempo pasado. De lo alto de la sombra parten haces de luz irradiada por focos eléctricos que, al iluminar la planicie, permiten ver en ella multitud de edificios sobre los cuales flamean también banderas de todos colores, como las del abanico chino; mas éstas, por fortuna, tienen los colores alegres de la libertad y de la paz. La parisiense, colocada sobre la gran puerta monumental de la Exposición, arroja, como puñados de *confetti*, medallas y diplomas; de un rinconcillo misterioso y privilegiado de su *cabas* extrae grandes medallas de honor, destinadas á los cuadros de Sorolla y á las esculturas de Benlliure.

Aliviada mi fiebre por los mágicos nombres de esos dos regeneradores auténticos, vuelvo los ojos hacia la derecha, donde tengo el retrato de Jacinto Ruiz, imaginado por Mariano Benlliure, que lleva, como él, una patillita corta del figurin del *moderantismo*, y quisiera que el retrato del héroe se convirtiese en la persona del escultor para darle un abrazo por el triunfo internacional y otro por el cartel *único* que pintó para la corrida de toros de la Asociación de la Prensa, corrida cuyo éxito ha sido un triunfo más de la actividad incansable y del talento clarísimo de Miguel Moya, nuestro Presidente y *leader*, en la acepción rigurosa de esta palabra, un tanto desfigurada por la política.

* *

Por cierto que la tal corrida nos ha tenido unos días absortos, preocupados, sin dejar á las chicas que rezaran al bendito San Antonio, como supuesto casamentero, ni á los varones con la vergüenza venida á menos, que rezasen el responsorio del Santo, cuya eficacia es probada para recuperar las cosas perdidas.

Otro daño se nos siguió del beneficio, y fué la precisión de acudir á la verbena *primera del año* en la misma noche del 12.

Aunque la distancia de la Plaza á la Florida no es pequeña, la voluntad fué grande, y muchos de los que en el circo taurino no habian logrado la suerte de que les tocara una cabeza de toro acudieron á la verbena, donde, por variar, se vendían las tituladas cabezas de ministro. Tornaron no pocos cuando sería la del alba, hora que en casos tales pierde la poesía por completo, ya que la moza que la noche precedente era toda arrogancias, y aun aromas, vuelve *aromatizada* de vino, azulada la tez, sombreados de ojeras los admirados ojos y con una expresión tal de rendimiento, fatiga y mal disimulada congoja, que retrepada en la *manuela* que arrastra con dificultad un escuálido penco—tan estropeado como si á su vez hubiera estado de *juerga*—parece la moza verbenera, con el peinado en desorden y el molido cuerpo arrebujado en el pañolón de Manila, algo así como una convaleciente vestida de máscara.

MANUEL MARÍA GUERRA.



El pabellón real de Bélgica es un modelo de hermosa arquitectura y está ejecutado bajo la dirección de los notables arquitectos MM. Acker y Maukels.

La esbeltez de sus ventanas y torres hacen un conjunto agradable y poético, notándose en sus líneas el estilo puro belga antiguo. Su comisario general es M. Vercruyse, y el ejecutivo M. Emile Robert; éstos han reunido en el interior lo mejor de la industria belga, así como infinidad de obras de arte, siendo los encajes de la exposición más delicada de esta nación.

El pabellón belga es uno de los más hermosos por lo severo, y los visitantes salen muy bien impresionados.

Nota bene.—El señor duque de Arión, cuyo nombre me permití incluir juntamente con el de otros aristócratas que emitieron juicios sobre la Exposición, me escribe diciendo que no ha estado en París hace ya tiempo, y que sus juicios sobre la instalación española no son los que yo le achacaba. Realmente, nada tiene de extraño que yo incurriera en error semejante, pues no conozco al duque personalmente. Vi á un caballero, le oí hablar lo que en mi crónica expuse, pregunté quién era y me dijeron: «El duque de Arión». No pasó más.

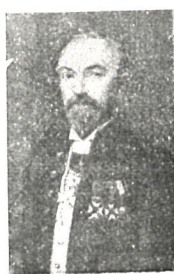
¿Resulta que me han engañado y que aquel caballero no era el duque de Arión? Pues que conste así. Pero que conste también que hablé por boca de ganso, y el ganso que me engañó me obliga á rectificar ahora.

Por lo demás, como decía el Sr. Cánovas, quedando en su lugar las cosas, nada se ha perdido.

Es decir, yo he perdido un amigo, el que me dijo lo que no era verdad.

ALBERTO ESTRAÑA.

París, 10 Junio 1900.



LA PRIMERA VERBENA

En el ancho camino que, arrancando del lugar donde estuvo emplazada la famosa Puerta de San Vicente, conduce á El Pardo; en aquel camino que, á pesar de las largas paralelas de los rails del tranvía, que se pierden á lo lejos del encenagado piso con la rigidez del hierro, más tiene aspecto de carretera, como lo es, que de paseo, y en el trozo comprendido entre la moderna estación del Norte, que eleva al cielo sus esbeltas techumbres de pizarra, y la diminuta ermitilla que Goya realzó al pintar en los frescos de su media naranja que-rubines y ángeles, retratos de las damas de una corte galante; entre el riachuelo que donosamente denominó Quevedo «arroyo aprendiz de río» y los tapiales de la vía férrea, establece sus reales la verbena de San Antonio, «la primera verbena que Dios envía», como canta la copla popular.

Allí, á uno y otro lado, larga fila de puestos y tenderetes eleva al aire claridades extrañas, y se oye vocerío de vendedores, ruido de agudos pitos y murmullos de multitud. Brillan en la oscuridad de la noche, como una línea de gigantescas luciérnagas, los farolones de los puestos de frutas, de las improvisadas cacharrerías, bajo casuchas de madera y lienzo, y de las modestas bisuterías de «á real y medio la pieza».

El vocerío es ensordecedor, y las voces de los vendedores mézclanse en horrisono concierto, en el que contrasta el grito chillón del mocetón de Getafe, que vocea sus rosquillas, con la vozarrona aguardentosa de la mujer que exclama, con intervalos matemáticos: ¡A los buenos de Aragón!... ¡Oiga, mire usted qué hermosos!

Los vendedores ambulantes ofrecen el juguete aquí y allá, metiéndolo por los ojos del transeunte, y más lejos, á las puertas de las tabernas, sobre los veladores paticojos, colocados en la acera sin losas, bajo los árboles sin hojas, que el temporal peló, sendos vasos de vino esperan ser bebidos por la bulliciosa colmena que rodea las mesas.

De vez en cuando, pasa por la carretera una *manuela* donde dos mujeres, dignas herederas de las *manolas* que describió D. Ramón de la Cruz, se dirigen á la ermita; elegante carruaje donde varios petimetres de pantalón largo recorren la verbena, ó coche abierto, de alquiler, en el que señoritos achulados ó chulos sin elegantizar, cantan, vocean y gritan solos ó en unión de mujeres. Son los modernos *chisperos*, que se dirigen á las cercanías de la ermita, á las inmediaciones de aquel pequeño cementerio de la Moncloa, donde en sus tumbas olvidadas acaso se estremezcan, al oír el ensordecedor bullicio, los desquiciados esqueletos de los innumerables madrileños fusilados el año ocho.

En aquella explanada, regada con sangre madrileña, se alzan las buñolerías con sus paredes de lienzo, sus cortinas chillonas y sus calderas al aire libre, donde el aceite quemado se eleva en espirales de vapor. Allí está el *tío vivo*, con sus callejos desvencijados, de madera; el *Guignol*, con sus muñecos, que se dan de trastazos, dejando oír el choque de dos cabezotas de pino, macizas; la sucursal de alguna taberna de la población, que envía sus chuletas atrasadas y su medidor más aprovechado, y allí corre de un lado á otro la que no es buñolera, pero despacha los buñuelos, sonríe ó gruñe al requiebro y cobra su propina.

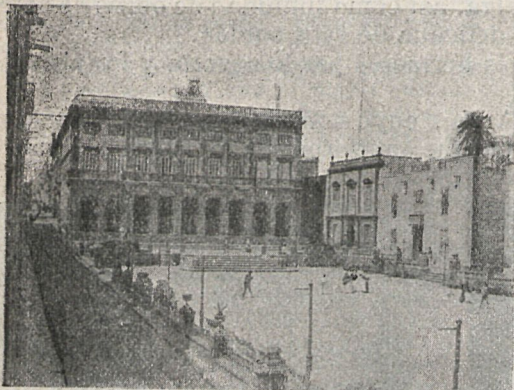
Murga discordante, organillo con timbre, cuarteto de guitarras, bandurria y acordeón; mil músicas llenan el espacio, y cerca de ellas se baila, desde la *danza china* epiléptica y extravagante, hasta la cadenciosa habanera y la suelta jota.

En otros lados, el ciego canta, con voz áspera y ronca por el aguardiente, el tango de moda; pasean los guardias, ladrán los perros chillan los chicos, rién las mozas.

Es el Madrid que se divierte.

Acaso el Madrid que se emborracha para no pensar ni sentir.

CANARIAS.—Las Palmas.



Plaza de Santa Ana y Palacio del Ayuntamiento.—La Catedral.
Salida de misa de la Catedral.

Instantáneas de F. R. Ortega y Frias.

CANDELA.

PRESTIGIOS ESPAÑOLES

EL DOCTOR CORTEJARENA

Hablar de Cortejarena como médico eminente, político honrado y orador serio, reflexivo, de probada y firme dialéctica, sería tratar de «descubrirle», pues bajo todos esos aspectos es conocido y estimado el actual Director general de Sanidad.

Yo quiero decir de él una impresión mía, puramente personal: la del Cortejarena artista, artista en la mejor acepción que la palabra tiene.

Médico á la moderna, amplio de espíritu—á pesar de su aspecto conservador,—fué á París á completar sus estudios, y allí, al lado de reputaciones universales, como Cruveillier, Velpeau y otros, cimentó su fama de cirujano peritísimo, y de la cual dan fe numerosas curas realizadas entre las familias aristocráticas de Madrid, que han constituido su clientela.

Luego ganó su plaza de catedrático en San Carlos, por oposición, y durante treinta y dos años no faltó á clase un solo día. Porque hay que advertir que el doctor no es de los que dicen «*En casa del herrero.....*», sino que, á pesar de sus sesenta y pico, está lleno de vida y de salud. Pero es que para esto se receta la sola medicina que existe: el trabajo. Y todos los días de Dios trabaja mucho, y con provecho. «*Mens sana, in corpore sano*», dice el aforismo.

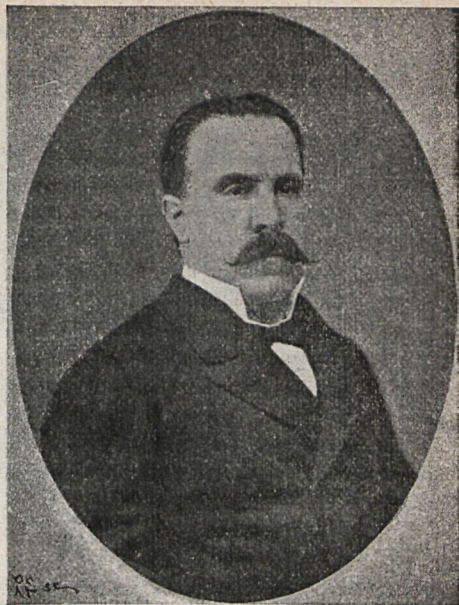
Decía que todo esto era cosa ya tratada por muchos biógrafos de Cortejarena, y que yo iba á hablar de él bajo su aspecto de artista. No queda espacio; pero, en fin....

Dos cartas ha publicado en *La Epoca* recientemente sobre el arbolado: en ellas he visto las delicadezas de un espíritu tierno, lo exquisito de un hombre que ama á la Naturaleza, de un enamorado de los árboles.—Por aquellos días Canals publicó su libro sobre Asturias, y allí leí una carta de Palacio Valdés, una hermosa carta, llena de santa melancolía, de quejas y de suspiros por aquellas alamedas asturianas, que ya no son....—Y la carta de Armando Palacio me dolió como un pesar íntimo, y las cartas de Cortejarena me hicieron altamente simpático á este hombre ilustre, rico, famoso, lleno de condecoraciones, ocupando un alto puesto, y que, á pesar de todo y sobre todo, lleva dentro algo más grande todavía, que le detiene ante los arbolillos empolvados de las calles, arruinados y entecos, pobres y olvidados.

¡Ah! Cortejarena dejó los dos primeros sueldos de su cargo á las escuelas de niños que el virtuoso canónigo Manjón sostiene en Granada. Perdió á su hijo, y se acordó de los hijos de los infelices... Esto no necesita comentarios.

Ahora trabaja sin descanso en la Dirección de Sanidad, secundado eficazmente por Javier Betegón, que ha sido Gobernador y Diputado, y que será muchas más cosas, porque su talento y su actividad se las darán por derecho propio.

CRISTÓBAL DE CASTRO.



Doctor Cortejarena

DIRECTOR GENERAL DE SANIDAD

MAL REMEDIO

Yo envidiaba la alegría;
yo también matar quería
mi dolor.

¿Qué mejor para curarme
de mi cruel melancolía
que el amor?

Si una hermosa llega á amarme,
su cariño y sus miradas,
yo pensé,
lograrán que dé al olvido
lo que en épocas pasadas
sollocé...

La adoraba, y abstraído
contemplando su belleza,
bien creí
que ya habían concluido
el dolor y la tristeza
para mí.

¡No pensé los desengaños
que las lides amorosas
suelen dar!

¡Y unas horas deliciosas
me costaron muchos años
de llorar!

EDUARDO FERNÁNDEZ GÓMEZ.

TEATRO ROMEA Y TEATRO MODERNO.—(LOS ÉXITOS)



“EL VELORIO,”

Zarzuela dramática en un acto y tres cuadros, original, en verso y prosa, de D. Adolfo Luna, música del maestro Matos.

Jarito, Loreto Prado.—Milagros, señora Flaquer.—Mannel, Enrique Chicote.—Don Pedro, Posac.

ESCENA II

DON PEDRO.—A poco, JARITO.

PED. (*l lamando á la puerta del primer término derecha.*) ¡Jaro!

JAR. (*Saliendo.*) ¿Es usted? ¿Qué se ofrece?

PED. Cuando yo llamo á tu puerta será por algo.

JAR. Mi casa es tan probe, que cualquiera, y más usted, que es tan arto, pué llamá con rumbo en ella.

PED. Atiende, Jaro; este viejo, que no inclinó la cabeza nunca, ni ante los peligros, ni ante ninguno en la tierra, te viene á rogá...

JAR. Ya sé er ruego. Dé usted por hecha la cosa. Lo que usted quiere es que me vaya sin verla, que no haiga lucha, ¡que deje el puesto á Manné!... ¡Pudiera disputarlo hierro á hierro, ahí, delante de esa reja, y á vé qué sangre teñía las flores de sus macetas!... Pero, ¡pa qué! Ella lo quiere, yo soy probe, se me espresia... pues me voy... ¡Mas no por mieo... cuidao!... ¡Me voy por ella!

PED. Hijo, pero ¿tú la quieres?

JAR. ¿Queré?... ¡Si es más que quererla! Tó el mundo ma visto alegre, y distrao y veleta, y gastando cuatro bromas, asín, ¡y naide sospecha la negra pasión que guarda este corazón de jiena en el fondo de este pecho, que se ha de comé la tierra! Lo sabe usted; yo era un hombre corriente; un naide, un cuarquiera,

que le ganaba la vida á su madre, sin afrenta, y que encontraba mi premio —tras de exponerme en la Sierra á los tiros del resguardo y á la emboscá del que acecha— en un abrazo y un beso de mi pobrecita vieja. Siempre alegre. Pero un día, don Pedro, no sé qué fuerza me atrajo á unos ojos pícaros y negros, en una fiesta. ¡Mardito día! De entonces, sobre mi jaca rondeña, me eché al campo, por un tiro traicionero, ú por riquezas pa esa mujé... ¡haciendo números! ¡loco perdío por ella! Tó lo alcancé; no hubo un guapo elante é mí en treinta leguas, ni quien tosiera á Jarito, ni quien el alto le diera, desde Almería á Tres-Vélez, del Peñón á Cartagena... ¡Pues ya me voy! ¡Tó perdío!... Qué triste va á ser mi güerta... A la Virgen de la Fuente, que tiene armita en las peñas de Sierraloba, entre matas de azucenillas cerreras, víá esirle:—¡Me la quitaste, Maresita, mare güena! ¡Me la quitaste!... ¡Ya puéas quitarme la vida entera, la sarvación, la salú... ¡toito ya! Que en esta tierra en que estás, ¡santa paloma, á quien mi serrana reza! en la enercujá más triste negra traisión me sorprenda, riegue mi sangre este campo, caiga mi cuerpo en la arena, y jallen por seportura mis güesos, negros por ella,

un joyo ar p'ie de una encina
y una cruz que me proteja!
¡Hijo!... ¿Así te vas?

PED.
JAR.

Asína...

(*Haciendo cruces, y besándolas.*)

¡Mistelas!... ¡Es mi sentencia!...

¡No, Jarito!...

PED.
JAR.

Sí, don Pedro...

No ve usted que si la viera
hablá con otro... ¡ni el cielo
le salvaba!... Así... Que sea
dichosa... Vaya...

PED.

¡Un abrazo

de despedida!...

JAR.

Tan jecha

está mi arma á la amargura,
que se lo agradezco... ¡Venga!

(*Se abrazan con efusión. D. Pedro solloza
contentidamente.*)

"EL VELORIO,"



Mozo 1.º ¡No; es que Jarito se la ha estao dan lo de guapo, y pa mí es que eso es juí en mi tierra! (*Sale el mozo que entró con D. Pedro con una guitarra en la mano; vâense todos.*)

ESCENA IV

DICHOS, menos DON PEDRO.

Mozo 1.º ¿Qué te parece lo que hemos visto? Mucha navaja, mucho esplante de guapo, y aluego abrazándose con don Pedro.

Mozo 2.º Es que los ineros puen mucho...

ESCENA V

MANUEL.—Á poco MILAGROS.

MAN. (*Llamando á la ventana de Milagros.*) ¡Que me lo diga ella, que lo oiga yo de su boca!...

MIL. (*A la ventana.*) ¿Quién é?

MAN. ¡Yo!

MIL. ¿Y á qué viene usted aquí?

MAN. A que te desías de una vé. Dilo claro, el otro ú yo!...

MIL. Ni usted, ni Jarito... ¡Váyase por Dios y por tos los santos...!

MAN. ¡No me basta! Si no me quieres á mí, lo quieres á é... ¡Y si lo quieres á é... te lo mato!...

MIL. ¿A é?... (*Se oyen lejos algunos acordes de la ronda.*)

ESCENA IV

DICHOS y JARITO, saliendo de su casa.

MIL. ¡Ay!... ¡Jarito! (*Gritando*) ¡Paere!... (*Se quita de la ventana.*)

JAR. ¡Manué!

MAN. ¡A matarte he venfo!

JAR. ¿A mí?...

MAN. ¡Te buscao con ansias negras, pa jaserte cachos el corasón!

MIL. (*Sale de su casa desolada.*) ¡Paere! ¡Dios mío!...

JAR. ¡Pos aquí lo tienes!... Le prometí á tu padre marcharme; pero se pué desí po ahí que juyo... ¡y te voy á tendé de un navajazo, pa que no se diga!...

MAN. ¡Se habla con jierro!... (*Echando mano.*)

JAR. (*Sacando la navaja.*) ¡Jay, qué gloria!... ¡Ven por esta mujé!...

¡Ven á comprármela!... ¡Que te va á costá toa la sangre de tus venas!...

(*Más cerca la ronda de mozos.*)

MAN. ¡Mía!... ¡Por la tuya!...

MIL. (*Abrazándose frenética al cuello de Jarito y dirigiéndose á Manuel.*) ¡Malas entrañas!... ¿A é?... ¿A mí Jaro lo vas tú á matá?...

MAN. (*Con cólera.*) ¡Tu Jaro!... ¡Tu!... (*Va á arrojarle sobre él. Se oye la ronda más cerca.*)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DON PEDRO, BREÑALES y LUCAS, que salen precipitadamente.

PED. ¡No, Jarito... hijo mío! (*Abrazándole. Suplicante.*) ¡Manué!

MAN. ¡Cómo!... (*En el gesto revela comprender el arranque involuntario de su padre, aquel «¡Hijo mío!»—La ronda en las cajas.*)

Mira tú, cartagenera,
si te quedré yo con ansia,
que por conservarte mía
sangre de hermano erramara...

JAR. ¡Mí copla!

MAN. ¿La tuya? ¡Y la mía!... (*Arroja la navaja, y se abraza á don Pedro.*)
¡Yo no quiero, paere mío, que esa copla sea verdá!...

Del Artico al Antártico

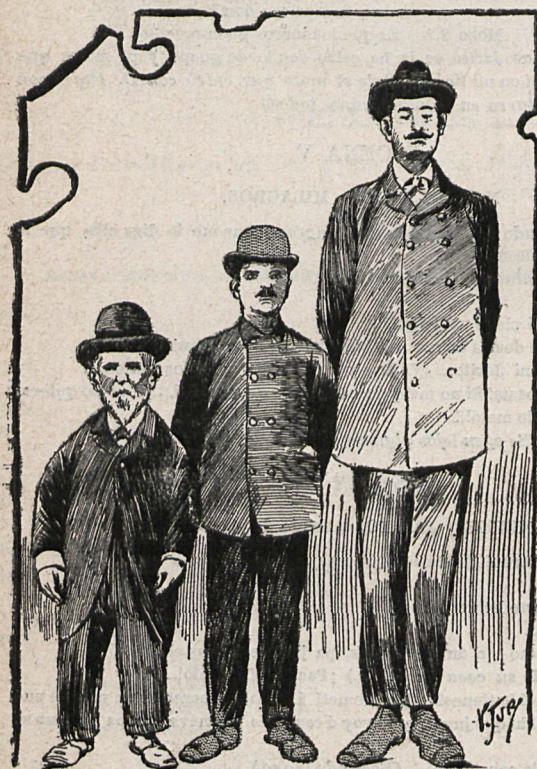
NOTAS COSMOPOLITAS, POR LAZRAM O'NAIRAM

Una casa de conchas.—No se trata de una casita-bibelot, recubierta de conchas, como aquellas cajitas y estuches que hacían la delicia de nuestros abuelos, sino de una casa real y verdadera, recubierta casi completamente por conchas y caracolillos.

¿Que en donde existe esta caprichosa vivienda? En *Ballarat* (región de la Australia), es propiedad de un fabricante de ladrillos, y no solamente los muros de su inmueble están recubiertos de conchas, sino que hasta el mobiliario, utensilios y decorado.

En *vasos, estatuas, fuentes, soportes, etc., etc.*, se ven empleadas toda clase de conchas, desde las enormes, llamadas en Francia de Saint-Jacques, hasta las conchitas y caracolillos más diminutos, casi invisibles.

De dicha casa bien puede decirse que tiene más conchas que un galápagos.



Familia original.

¡Cosas de la naturaleza!—Los tres individuos cuyos retratos han aparecido en *Rifton Glen*, de Nueva York, de donde los reproducimos, son padre é hijos, y por una de esas anomalías de la naturaleza son completamente desproporcionados; el padre, llamado Mr. Samuel Montays, tiene sesenta y cuatro años, y mide nada más que un metro seis centímetros de estatura; el hijo mayor, Franchs Taggart, que tiene treinta y tres años, mide nada menos que cerca de dos metros (1,85 metros); y el hijo segundo, Warren Wail, de veintisiete años, no ha querido quedarse tan bajo como su padre, pero no ha podido ni con mucho llegar á la de su hermano, quedándose en un metro y 57 centímetros.

Hay más hermanos, pero todos miden una estatura corriente.

Nuevo vagón de lujo, americano.—Este vagón ha recibido el nombre de *Observatorio Rufat Cart*, y un vehículo de este nuevo tipo se ha agregado á cada uno de los trenes rápidos llamados *North Coast Limited*, que circula entre San Pablo y la costa del Pacífico.

Dicho gran vagón, construído con todo lujo y confort á que los americanos están acostumbrados, no tiene otro objeto que

el de proporcionar á los viajeros del tren rápido todos los alicientes compatibles con un largo viaje en ferrocarril.

Se caracteriza muy especialmente la espaciosa plataforma de observación que ocupa la parte posterior, y desde la cual se puede contemplar la belleza del pais recorrido; esta plataforma se halla precedida de un gran salón, llamado *Observation room*, con gran galería de cristales.

A la otra extremidad del vagón dos cuartos de fumar, provistos de mesas, sillas y un centro con todo lo que se apetece habitualmente en un *bar americano*. Un salón para escribir y una biblioteca con 125 volúmenes, de los últimamente publicados. Otro departamento con camas, gabinetes de *toilette* para señoras y caballeros, con su cuartito de baño, y un salón de peluquería completa tan agradable cuanto suntuoso vehículo.

CANTARES GITANOS

Quíereme, negrica
díme que me amas,
que aun cuando me engañes, los engaños esos
alegran mi alma.

Lámame cobarde,
llámame chiquillo,
pero ni aun en broma, madreíta mía,
me llames mal hijo.

R. MARÍN